

PSICHARI

Por HENRI CHARLES CHERY O. P.

Conferencia dictada por su autor en la Universidad Pontificia Bolivariana y vertida del francés por Alfonso Lopera L.

-“Mirad nuestro destino y aquí está nuestro jefe”-

Esta afirmación con que H. Massis inició el opúsculo por él dedicado a Psichari, paréceme que viene de perlas para encabezar hoy nuestra conferencia, ya que las actuales circunstancias lo sacan aún más verdadero.

Ernesto Psichari representa a la Patria desquiciada por el error, hastiada de vanas mentiras, con ansias de salud, de orden verdadero y en búsqueda continua del orden cristiano.

Tendría hoy sesenta años. Sería uno de los nuestros, de nuestros maestros. Con Charles Péguy, su íntimo amigo, tan diferente sin embargo; con el P. de Foucauld, africano como él y como él convertido por el Africa; sería una de tantas almas, tan diversas y tan grandes. Jacques Maritain, tierno amigo suyo, su director de conciencia aunque un año menor que él; Henri Massis, a quien conoció íntimamente; Robert Valéry-Radot, Francois Mauriac... y tantos otros; aquéllos jóvenes de antes de la Gran Guerra, de los que sólo nos quedan unas cuantas unidades cuando eran entonces falanges, y pertenecían a esa admirable “generación sacrificada”, a ésa que con justo título ha podido llamarse generación del sacrificio.

Sería uno de nuestros maestros. Qué digo? Lo es. Y Dios sabe cuánto necesitamos ahora de ellos! No quiso Dios que estuviera sujeto a las humanas fluctuaciones más allá de los treinta años, ni que fuera objeto de las contradicciones inherentes a la vida; se lo llevó en plena oblación, en ascenso pleno, pero nos dejó en cambio el ejemplo de su impulso y la misión de recobrarlo.

Y continúa siendo uno de nuestros más puros ejemplos, una de nuestras razones de esperanza en las fuerzas vivas de la nación, fuerzas francesas, fuerzas cristianas, fuerzas que ahora como nunca necesitamos en estos momentos de especial gravedad.

Lo que particularmente me lleva a hablaros de él, aparte del misterioso atractivo que ejerce sobre quienes se ponen en contacto con su alma, es haber sido el P. Clerissac, del convento de Angers, el instrumento de su conversión; en este convento lo conoció el ilustre dominico, quien fue su director espiritual durante los retiros que allí hizo; haber tomado el hábito de la Orden Tercera Dominicana en nuestro convento de destierro de Rijckholt, Holanda, que abandonamos en 1.932 para ir a Chambéry; haber sido el virtuoso Padre Bernabé Augier, nuestro maestro espiritual muerto recientemente en Chambéry, su guía venerado y con el cual sostuvo siempre devota correspondencia. En "Cartas del Centurión" aparecen publicadas dos de esas admirables misivas al P. Augier. Por último me mueve a hablar de él el pensar que hoy quizás sería nuestro hermano, nuestro padre. Por lo mismo quiero hablaros de él como de un hermano y de un padre.

Juventud Encantada.

Tuvo Ernesto Psichari una juventud encantada. En el libro que su hermana le consagró —volumen lleno de admiración para las virtudes familiares y de veneración para Renán— nos lo describe tan cabalmente que creo inútil detenerme en ello.

Nació de una familia en que era tradicional la afición por las letras; siguió "el sendero encantado de los hijos de los intelectuales, exento de preocupaciones materiales, sin otro pensamiento que el de la cultura refinada. Aprobados con facilidad los primeros exámenes de la Sorbona, emprendió la vida holgada y distinguida que el Destino parecía abrir ante sus pasos. Joven bueno, de amable carácter, por todos amado, inteligente, un tanto soñador, mente despierta y fácil, de lenguaje fluído, fue, como se puede ver, fruto dorado de una educación burguesa, de estilo muy francés". (H. Psichari- 10-11).

Pero tenemos que afirmar que ese fruto dorado estaba roído por un gusano y tocaba casi el lindero de la podredumbre. Admirémos un instante su esplendor.

Se le enseñó la literatura con pasión. Pusieron en sus manos una nutrida biblioteca de autores clásicos y se los explicaron con inteligencia y amplitud de espíritu.

Antes de los diez años oyó al viejo Renán contarle historias fabulosas de países orientales; se vió envuelto en el ambiente de su culto y en la aureola de su gloria y se sintió obligado por una nobleza grandiosa.

A los doce años, corría por las llanuras bretonas, con Victor Hugo en la mano, declamando ante las campesinas extasiadas el "Océano Nox" y "Los Pobres".

De trece años, en el Liceo, sus notas en general son mediocres, pero en cambio escribe preciosas disertaciones, se embarca apasionadamente en el estudio del griego y redacta una carta de ocho páginas sobre el tema de porqué tal verbo rige genitivo... Escribe versos en francés y versos en latín.

De catorce años, consulta durante ocho días viejos folios del siglo XVII para escribir con exactitud una parodia, "la carta de un

mosquetero que asistió a la primera representación del Cid". Lee cuanto cae en sus manos, no importa qué: Loti, los Goncourt, Anatole France, Gustave Flaubert...

A los quince años se entusiasma con Michelet... "estoy leyendo un bellissimo libro, lleno de fuerza y de vida. Es "Juventud", el libro de Michelet. Libro precioso que nunca debería faltar a los jóvenes: en él se palpa la santa ley del trabajo, la suprema consolación de la esperanza, la lucha del pobre contra la miseria. Libro en el que puede y debe uno bañarse para salir fresco y vigoroso". (Cartas, p. 6).

Entre los dieciseis y los veinte años, devora la obra completa de Renán; se enamora de sus ideas y sufre su fatal influjo. En el salón, conoce a Leconte de Lisle, Edmond Rostand, Edmond Haracourt, Francois Coppée, J. M. Heredia. Se atiborra de parnasianos pero se entrega a los simbolistas. "La escuela decadente obra sobre él lo mismo que un fruto exótico que no se aprecia por el gusto sino porque no se parece ni a una manzana ni a una pera. Ah! (es su hermana quien habla). Qué bueno era entonces aparecer con la cabellera larga hasta el cuello, enarbolando corbatas exéntricas, suplantando descuidadamente el vocabulario clásico por las palabras raras cosechadas en Verlaine y Mallarmé! Qué felicidad entrar en los salones de reunión de los camaradas y recitar con voz romántica y desengañada:

—"Las du triste hopital et de l' encens fétide
qui monte en la blancheur banale des rideaux"—

A los diez y nueve años obtiene brillantemente la licenciatura en filosofía. En resumen, espíritu en extremo curioso y apasionado por todo, entregado anárquicamente a todas las influencias literarias, amigo de toda renovación y que procura apasionadamente enriquecerse con todos los tesoros que caen en sus manos, perlas preciosas o falsas perlas, adorador de todos los ídolos que brillan ante sus ojos y desprovisto de disciplina y guía.

Y con ello, un natural en extremo generoso, poseído por la necesidad de entregarse a alguien o a algo. Niño aún, vistió con su abrigo a un pequeño desgraciado que tiritaba en la puerta del garage. De quince años, se entregó en cuerpo y alma a lo que consideró, como todos los suyos, ser la causa de la verdad y la justicia, el proceso Dreyfus. Como Péguy, como el Maritain de esa época, como todos los intelectuales socializantes del 900, fue "dreyfusista" con pasión. En 1.898 (tiene entonces quince años) escribe a su padre: "—Nada hay más bello para un país como producir hombres de la talla de un Picquart, de un Have, de un Schneurer-Kestner. Ah! Qué bella enseñanza la de este proceso Dreyfus! Imagino como ello templará admirablemente esta juventud que va a entrar en la vida!"—.

Escucha las conferencias de Pressensée, y aplaude a cada instante. Exclama entonces: "Ah! Si no estuviera el pueblo envenenado por la cruel ponzoña, cuál sería su honradez! Pero, ay! el catolicismo, el clericalismo, el antisemitismo, la estrechez de ideas invaden a Francia!"—

Cómo se recrea entonces escribiendo una conferencia en pro de la escuela laica. Durante el proceso de Zola, nunca apareció en la casa a la hora de comer. Mítines, luchas con la policía, los "passages a

tabac”, los enardecedores discursos de Jaurès, la rudeza de Clément-ceau, las ardientes campañas en los barrios parisienses en las elecciones socialistas: vivíanse entonces horas apasionantes, horas grandiosas: “La Francia grande y por encima de todas las naciones, la Francia de todas las ideas bellas y generosas, Francia, árbitro del mundo...”

Era éste el sueño que hacía hervir esa sangre generosa, no en gañada por el instinto, sino equivocada solamente en la elección de compañeros.

Del cristianismo, nada sabía. Los cristianos eran para él gentes de espíritu cerrado que se reunían en los salones de derecha y pretendían por espíritu de partido hacer condenar a un inocente... Era cuanto sabía... (Por desgracia la caricatura no estuvo muy lejos del retrato). El hijo de Juan Psichari, el nieto de Renán, sólo conoció el cristianismo como la mitología griega y romana, en la medida necesaria para comprender a los autores clásicos, Pascal, Bossuet, modelos literarios que le dieron a estudiar.

“Majencio era hijo de un coronel, letrado, volteriano y algo más; de un hombre que traducía a Horacio, de un anciano honrado y excelente, de un hombre en fin de bellas cualidades. Su punto de partida estuvo en esas horas de juventud pasadas en compañía de Homero y de Virgilio, en los que lo iniciaba el coronel. Admirable comienzo para una vida que tendía hacia alguna armonía! Durante toda la infancia, Majencio se habitó a pensar a la manera latina, y al hacer más tarde en su adolescencia, el balance interior, cuánta fue su miseria y cuál su turbación!

“Su padre nutrió el espíritu, pero nó el alma. Las primeras tormentas de la juventud lo hallaron desguarnecido, sin defensas contra el mal, sin protección contra los sofismas y engaños del mundo.

“A los veinte años, Majencio vagaba sin convicción por los jardines ponzoñosos del vicio, enfermo, perseguido por oscuros remordimientos, turbado por la malignidad de la mentira, bajo el peso de la angustia afrentosa de una vida subyugada por el desorden del pensamiento y la sensibilidad.

“El padre se había engañado! Majencio tenía un alma. Había nacido para creer, y para esperar, y para amar. Tenía un alma, creada a la imagen de Dios, capaz de discernir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. No podía conformarse con la idea de que la verdad y la pureza fuesen vanas palabras, carentes de sostén. Tenía un alma, oh prodigio! un alma refractaria a la duda, a la blasfemia y a la cólera. Y con todo, ese hombre seguía una ruta oblicua, un camino ambiguo, y nada lo advertía de ello, a no ser esa palpitación precipitada del corazón, esa inquietud, cuando sobre el montón de ruinas, se vuelve uno sobre sí y contempla la obra maléfica del sacrilegio”. (El Centurión 4 a 6).

Así habló Majencio de sí mismo y creo que nadie mejor que él se conocía. Se puede, como lo hace su hermana, contarnos todo cuanto se quiera sobre ese “bello triunfo” de la educación burguesa y francesa, reposarse en el culto de esos grandes antepasados de amplio espíritu, pero “ese fruto dorado”, preciso es convenir, sólo se vio enriquecido más tarde, y a la edad de veinte años estaba en todo reducido a

clamar en su angustia: "¿A qué asirse? ¿Qué ley escoger? ¿Qué certeza encontrar?"...

Todo se le había enseñado, pero le habían dejado a merced de sí mismo. Poco falta para que se suma en el abismo de la oscura desesperación.

Al borde del abismo.

El fracaso de un gran amor fue la causa de la caída. Ama y no es amado. La amada contrae matrimonio. Nada significaría esto si no se tratara de Ernesto Psichari. Pero se trata de una pasión vehemente y loca, que nace en el corazón y que, sin freno ni elemento alguno de moderación, todo lo desvasta ante la imposibilidad de manifestarse.

Ni la amistad de Jacques Maritain, ni las distracciones que se le brindan, ni el viaje que le hacen realizar, logran detener esa crisis. Es una destrucción total: cuerpo y alma, todo va a quebrarse. La salud está gravemente quebrantada, la pena lo roe, apenas si se le reconoce! Y peor que todo eso, su idealismo flaquea también!

"Ahora es un pobre Ernesto (tal lo ve su hermana en los escasos momentos de vida familiar que ahora tolera), es un harapo que busca el olvido en los amores pasajeros, se hunde en el pantano... Diríase que busca con avidez todo lo que pueda causarle mayor daño. Ah! la vida sana y apasionada no es para él, que importa! Hay otra, la vagancia nocturna por esas callejuelas de París y los placeres de arrabal!" (H. Psichari, p. 98, 99).

Una tarde, ya no aguanta más. En una botica de suburbio compra un narcótico y se va al albergue de un amigo que le confió la llave de su apartamento. El amigo está ausente. Ernesto se ve solo, como lo había previsto; se bebe el veneno y cae pesadamente en el piso. Cuando el amigo entra, pocos minutos después, tropieza espantado con el cuerpo de Ernesto. "Lo sacude, lo llama, lo inunda con agua fría. De improviso se agita el moribundo, abre sus ojos envueltos en el espanto de esa noche en que pensaba sumergirse para siempre. Psichari comprueba en un instante que está vivo y se apodera de él una ráfaga de odio contra la vida. Falló el golpe, pero no todo está perdido, tiene un recurso todavía: de su bolsillo saca presuroso un revólver. Los dos jóvenes luchan en la pieza. Es un cuerpo a cuerpo silencioso en que el más insignificante movimiento falso puede disparar el arma que mate brutalmente al uno o al otro. Al fin rueda el arma por el suelo, las balas se salen del tambor. Ernesto se ha salvado, y exhausto, se desmaya entre los brazos de su amigo". (id).

Esto debe realizarse para poder apreciar la formación primera de Psichari. Aquella caída, aquel rodar hacia el abismo, el fondo del abismo aún, nada lo pudo impedir. Porqué? Porque nada de lo que le habían enseñado hasta entonces podía orientarlo, seducirlo con la fuerza de un ideal superior a todo.

Véase provisto de un rico temperamento, abastecido con una cultura superior, desbordante de posibilidades, pero en qué utilizar todo aquello?... ¿Qué son la literatura y la ciencia? Y el mismo ideal social, a pesar de su grandeza, a qué fin vincularlo? Si a cada paso lo

reduce a palabras vanas y políticas; si la "mística" no lo informa, no será acaso una desazón más?...

"El inútil remolino de la vida... Siempre me encuentro con esa triste palabra vertiginosa! Remolinos internos del alma en la inmovilidad, remolinos de las externas agitaciones, esto es mi vida... Todo en mi espíritu se turba, se agita, se sutaliza, se torna impreciso... La vida se desmorona, se deshoja... Tengo el alma aniquilada". Así escribía hastiado, desamparado en aquellos meses de 1.903, cuando llegaba a los veinte años.

La tentativa de suicidio no lo ha estabilizado. Quiere aturdirse. Quizás sin darse cuenta pretende renunciarse, castigarse, descender ante la imposibilidad de subir. Abandona el hogar una noche y va a alojarse en un modesto hotel de Clichy, de 1 fr. 50 por día; luego a alojarse en un cuarto de Sebastopol, de 4 fr. por semana. Se pone a buscar un oficio manual. Sueña ahora este joven diplomado, sueña febrilmente con ser estibador, carpintero, cerrajero, bracero de la plaza... Y durante quince días busca trabajo, soporta negativas, come en almorzaderos populares, conoce el hambre y la vergüenza y por último, decididamente disgustado, sin ilusión alguna, vuelve al hogar. "No puede ser posible, escribirá más tarde, que el verdadero camino sea aquél que a ninguna parte conduce".

La salvación en el servicio militar.

Qué logrará salvarlo de la pérdida total? Qué lo llevará al puerto? Lo que en su dreyfusismo ha despreciado, lo que su familia, de intelectuales y antimilitaristas detesta: el ejército.

Siente la necesidad de orden. Necesita renunciar a su anarquía, ligarse, someterse, olvidarse en favor de un todo. Desconoce ahora el orden interior, el orden cristiano. Las filosofías son humo, son vagas, y aún la de Bergson, que con todo lo espiritualiza, a nada conduce.

Será soldado. Se someterá al orden exterior. Se "embrutecerá" según la dura palabra de Pascal. Pero no teme esos extremos. No será ni siquiera oficial (su preparación no le permite ambicionarlo), será soldado de segunda clase, en las filas.

Es tiempo de cumplir su servicio militar, después se incorporará de nuevo. Poco importan las mezquindades, las fatigas, los rudos ejercicios inútiles; al fin y al cabo, tales cosas lo fortificarán, lo preservarán de la delicuescencia intelectual, lo tornarán ágil y sobre todo, harán descender en todas sus facultades el instinto del orden, la abnegación y el sacrificio...

"La servidumbre que acepta, escribirá más tarde en la novela que empieza ahora a vivir, "L'Appel des Armes", es la que buscan quienes no son ni mercaderes ni banqueros. Ser el criado de su idea, esto no es para todos. La obediencia, la servidumbre militar existe como existen la servidumbre del sacerdote y la del pensador. Pero si hay libres en el mundo, ellos son estos esclavos".

Ingresado en el servicio militar a fines de 1.903, al cabo de un año había pasado de la infantería a la artillería colonial.

Por primera vez persistía en un propósito. No era ya el diligente que habían conocido, cambiando a cada instante de intenciones, a derecha e izquierda. Aún divagaba su espíritu, pero ya había algo estable en su vida: persistía en busca del orden y continuaba en el ejército cada día con más apego.

"Este esfuerzo, que hubiera podido creerse momentáneo, continuaba apoyado en la disciplina, con una constancia, una regularidad, una voluntad de no descuidar nada, que daban a esta conversión moral un gran mérito, un magnífico alcance, porque era el grave y austero preludio de la conversión religiosa". (Goichon p. 88).

Ya se siente despejado, libre. El ejército se le presenta como "un baño de franqueza, de claridad". Y ríe a carcajadas, vive por fin!

Fue entonces cuando Massis lo conoció. De él escribe:

"Hay almas cuya amplitud es tal y que en todo ponen una impetuosidad tan audaz que no descienden sino para coger más abajo, a una profundidad más terrible, el impulso hacia las alturas que quieren alcanzar. Era Psichari una de esas almas sin linderos. Ahora, cualquiera hubiera sido la intensidad de sus miserias, recobrarà su equilibrio. En él se veía un hombre que se había rescatado a sí mismo y que tenía en adelante un punto de apoyo". (p. 26).

Desde entonces, cada vez ama más la vida de cuartel. Está sediento de una vida netamente militar, la de las colonias. En 1.906, parte con el comandante Lenfant hacia el Congo en calidad de suboficial. Van a explorar tierras desconocidas, aquel "Blanco" del mapa del África ecuatorial que atrae como una promesa de resurrección.

Al regresar, en enero de 1.908, trae la medalla militar y su primera novela: "Terres de soleil et de sommeil".

Es aún el libro de un pagano. Pero por primera vez, en el África, se lavó la cabeza de aquellas estupideces civilizadas que la obstruían. Allá olvidó los bulevares de París, los cursos de la Sorbona, las discusiones extravagantes, los sueños humanitarios, las polémicas estériles, la política. Las tierras africanas lo purificaron: en ellas se exaltó, tuvo gozos y tristezas, anduvo con paso igual por el ensueño y por la acción; su alma de artista se encantó con esos países primitivos y de ellos trajo sensaciones preciosamente anotadas, refinadas, barresianas, diletantes todavía, una mezcla de todo... menos de cristianismo, desconocido aún por su alma viajera.

Mientras recorría el país de los bayas, supo la noticia de la conversión de Maritain, pero no lo conmovió el acontecimiento. Esperará el regreso para preguntarle las razones.

Presenció la muerte de su pequeño cargador Sama, sobre cuya alma se había inclinado con solicitud, tratando de comprender a ese pequeño salvaje que se le fugaba de la vida y al que se sentía vinculado:

"En pocos días Sama había enflaquecido tanto que los huesos se le veían bajo la piel oscura y tensa. A su vista despertaba en mí una inmensa piedad. Y sin embargo qué poca cosa era ese sér que se iba! Tan insignificante que no valía la pena de una emoción o una tristeza. Un negro muere en el camino, continuamos la marcha, y no es más...

"Sama respira todavía, luego viene un leve suspiro entrecortado, luego se detiene aquello, como si un reloj dejara de andar; y hemos terminado. Qué extraña muerte! Qué cosa extraña que uno pueda morir así! ¿Qué ha pasado? Toco el cuerpo de Sama; ya está frío; todo ha terminado. Y es tan poca cosa este pobre negro que una tarde murió en Zilé... Ya se hundió en la nada el extraño compañero de aquellas lejanas soledades, el efímero amigo a quien hubiera querido conocer". (Terres. ps. 91-94).

Es esto cuanto la muerte le inspira en este tiempo. Realmente es poco. Al regreso de este primer viaje, Psichari tiene 24 años. Sin saberlo se ha entrado ya por el camino que conduce a Dios.

"Tan pronto como se da un paso para salir de la mediocridad, está uno salvo, tiénese entonces la seguridad de no perderse uno detenidamente en el camino del perfeccionamiento interior por el que imprudentemente hemos cogido". (Voix—p. 173).

Ya el soldado logró salir de la mediocridad. Pero de esas líneas escritas por él más tarde, ignora todavía el hondo sentido y el noble destino que ellas describen. Mucho se admira de que su compañero de estudios y amigo muy querido J. Maritain, que en otro tiempo compartió su anticlericalismo militante y que acaba de convertirse por mediación del fogoso León Bloy, lo persiga con sus ofrecimientos, después de haberle escrito: "Espero que regresarás de esas soledades creyendo en Dios"...

"No veo por qué la soledad conduzca a Dios, dice Psichari... Ni pienso que el Africa pueda hacer a uno cristiano. Qué profanos pensamientos inspira esta tierra tan poco metafísica!... En cuanto a esa sensación de soledad que aquí se experimenta tan a menudo, es más propia para suscitar el orgullo humano que para incitarnos a la humildad cristiana". (Conversación citada por Massis, p. 66).

Preciso es notar cuidadosamente estas ideas. Muestran ellas que una conversión tiene más matices de los que uno imagina y que no hay fórmulas (desiertos, soledad, sufrimiento) que valgan por sí mismas. Hay purificaciones necesarias, diversas según las almas, y que sólo puede darles eficacia la mano de Dios...

Al llamamiento de Maritain, Psichari no puede dar el sí. Y con todo no deseara tampoco rehusar.

"Cuanto te puedo decir, por el momento, es que siento una gran atracción por esa bella casa en donde tú pretendes hacerme entrar... No sabría decirte la impresión de arrobamiento y de refrescante alegría que experimento al leerte o escucharte. Pero es ante todo, y preciso es confesártelo, una especie de sensación física. Me veo atraído hacia tu casa, pero no quiero entrar".

Ya que en realidad las armas lo atraen, la familia desea verlo oficial. Cede entonces, entra a Versalles, al año siguiente es subteniente, y después de pasar algunos meses en Cherburgo, donde comienza una nueva novela, "L' Appel des armes", sale otra vez para Africa.

En esta ocasión se dirige a Mauritania, aquellas tierras que Gouraud acababa de someter y que debía organizar el coronel Patey: Psichari va a pasar tres años en esa vida mucho más tensa, más aus-

tera que la que conoció en el Congo. Ahora está en el desierto; la purificación se hace más intensa; sigue el corazón quemando escorias; la Gracia sopla en el desierto y espera tras las arenas.

"L' Appel des armes" que termina durante aquella misión de 1.910-12, no corresponderá al estado de alma, cuando le dé los últimos toques. Corresponde a su estado de alma, durante el viaje al Congo. Canta en él su conversión al orden militar. Pensó en un principio no publicarlo pero cedió después a la viva exigencia del P. Clérissac, quien no quería dejar ocultos los apartados senderos de la gracia.

Esta novela difiere completamente de "Terres de soleil et de sommeil". En ésta dominan las impresiones, en aquélla, las ideas. Trata de expresar, bajo una ficción en la que muchos rasgos no corresponden a su vida, cuanto había recibido del ejército: "El orden, el equilibrio entre la iniciativa y la obediencia; la noción del valor humano que engendran el sentimiento de la responsabilidad y la constante dignidad de una sumisión exigida en nombre solamente de la abnegación a una idea superior; la grandeza moral, en fin, que hasta tales alturas levanta la idea del deber, de la energía, de la abnegación". (Goichon 118).

Todo aquello que a la postre lo llevará a la vida religiosa! He aquí cómo redactó la dedicatoria:

"A aquél cuyo espíritu me acompañó en las soledades del Africa, a aquel otro solitario en quien palpita el alma de Francia y cuya obra doblegó nuestra juventud con el amor; para nuestro maestro Charles Péguy, este libro de grandeza y de miseria".

En realidad la obra se halla saturada por el estilo de Péguy; sin sorpresa vemos que en muchas de sus páginas aparece ese porte meditabundo, en que la idea se expresa con repetición obstinada, distintivo de la pluma de Péguy. Pero no es tan sólo el estilo, sobre todo el alma. "L' Appel des armes" debía haberse llamado "Connaissance du sol natal". Como Péguy, descubre en el alma de la antigua Francia, en la tradición francesa, las fuentes de virtudes que le dieron fuerza a la nación; y, como él, igualmente comienza a enlazar los dos órdenes, el católico y el militar, con un vínculo tan fuerte que muy fácil le resultará después pasar del uno al otro. "De esta manera, concebía dos órdenes inmutables que nada podría quebrantar, ni las mismas defecciones interiores. Doble continuidad en la que uno y otro eran igualmente notorios. Siempre van en realidad unidos y conjugados.

"El ejército y la Iglesia no transigen, afirmaba Nagés; es ésta nuestra fortaleza. Tenemos la misma gloria y la misma fuerza. Somos de metal puuro.

"No transitaba Nagés por los senderos de la gracia. Pero amaba la resonancia pura, la campana cristalina de una iglesita campestre y el toque brutal de la trompeta. Así son muchos soldados, gustan de mirar más al cielo que a la tierra"... (Appel p. 34).

En esa novela se notan aún excesos. Hay excitaciones a la guerra, un sensualismo y un estoicismo, paganos todavía.

Regenerado después, ya lo he dicho, sabrá explicar su pensamiento, cuando él mismo haga la crítica de su obra, en una carta saturada de conmovedora humildad.

"L' Appel des Armes" fue escrito hace cuatro años, en una época en que, despojado es cierto de la luz sobrenatural y pidiéndola de continuo, como el ciego del evangelio me hallaba sin el esplendor de la verdad cristiana. A punto ya de terminar el manuscrito, lo mismo que la ruda campaña de Mauritania, me sentí fulminado en el camino del desierto, conocí la gloria de Aquél que, con mano ensangrentada, vino a buscarme sin mérito alguno de mi parte.

"Créame que siento vivamente todo cuanto falta en esta pobre obrecilla y me doy cabal cuenta de que allí falta el Todo.

"Me parece que le era deudor de estas confidencias, en primer lugar como agradecimiento a su indulgencia, y después, para demostrarle a usted mismo la verdad de su análisis. "La plena y duradera claridad" que tantas veces me deseó, la he recibido ya entre incontables lágrimas pero desgraciadamente ella no alumbraba una sola de las páginas de "L' Appel des Armes"...

Estamos pues advertidos: este libro no expresa su total pensamiento, su pensamiento final, y debemos considerarlo solamente como un paso, pero el paso de un soldado.

En este trayecto Péguy está a su lado. Preparando el libro, Psichari dijo a Massis:

"El ejército será el protagonista, pero un ejército que no transige, de metal puro, la antigua institución que nos vincula con el pasado, siempre igual e inmutable en sí misma... Y tras él, habrá gritos, alegría, sangre y heroísmo.

"Qué puntapié para este siglo, qué bofetada para los que siempre transigen! El ejército estará allí, firme, en nada moderno, con el papel, con esa misión superior que antaño tuvo en la Iglesia... Es esto lo que ha de expresar mi obrecilla. ¿Como decírtelo? Sí, una moral, una mística, nuestra propia mística, una mística militar, no hay otra palabra!... Será difícil hacerla sentir. Pero Péguy me ha ayudado bastante para infundirme conciencia de mi trabajo. Ah! qué hombre, amigo, qué hombre ése! Es el alma de Francia la que revive en ese solitario"...

Una mística. Vocabulario péguysiano. Hay gentes que ignoran la mística y gentes subyugadas por ella. Es ésta la línea divisoria de la humanidad. Están los hombres de componendas, los políticos, los del "partido de los intelectuales", los de universidad, los sedentarios, los historiófilos pero además están esos hombres que edifican la historia, que están siempre en marcha, los que creen, los abnegados, los que saben sacrificarse. Mística de la tradición francesa, de la tierra francesa, de la fuerza y de la lucha francesas. Para Péguy el subteniente Psichari encarnaba todo aquello, a él y a sus semejantes, a los que nunca abdicar, a los seres fieles, al puñado de jóvenes en quienes palpitaba la esperanza, ahora en Africa, mañana quizás en el propio suelo nativo.

El camino real del desierto.

Hémos aquí ahora. Penetremos con Psichari en el desierto. Termina allá "L' Appel des Armes", pero empieza a vivir "Le voyage du Centuron" y "Les voix qui crient dans le desert".

Veámoslo. Sigamos esa alma angustiada, perseguida por la gracia, palpitante de esas páginas. Son ellas de tal riqueza y plenitud que bastarían para inmortalizar a cualquier escritor. Qué encuentra en el desierto? Abnegación, despojo, silencio.

“Porque el silencio es regla del Africa. Como el monje en el claustro se nutre de silencio, para el soldado el desierto se extiende silencioso. Pronto este joven francés se pliega a la disciplina estricta, oye piadosamente el caer de las horas en la eternidad que las encuadra y muere así para un mundo que lo engañó siempre”.

Silencio, dureza, responsabilidad. La vida del jefe mezclada con la de los fusileros senegales, los mehalas, los adeptos moros; come, duerme en una estera como ellos, en el mismo suelo; bajo su mando está un grupo de hombres cuya vida depende de él. Exploraciones a tierras llenas de peligros, aventuras tras la línea del horizonte, que retrocede siempre hasta el infinito, aventura a través de las dunas arenosas, bajo un sol implacable, con vientos que levantan acres polvaredas, persecución de rebeldes en fuga, emboscadas tras los montículos, refriegas con los disidentes...

Dos años en esta vida, con unos pocos libros, entre ellos los Cuadernos que Péguy le envía: “A nos amis” “Notre jeunesse”, algunas cartas de amigos lejanos, unas cuantas novelas que lo conmueven; la cesión del Congo en el que tres años antes habíase internado y que ahora, tras el golpe de Agadir (1.911) entregan a Alemania; no quiere solidarizarse con esa entrega; rehusa ser de la raza de los vencidos.

El primer don del desierto es el de librarlo para siempre del diletantismo. En adelante Psichari irá recto en su camino, camino duro pero sin travesías:

“Necesito, con absoluta necesidad, que esta Africa a la que vuelvo, me de útiles consejos. Por mucho tiempo que tengamos que viajar, no lo haremos como simples turistas. Será preciso, absolutamente preciso, que cada jornada sea útil a nuestros carazones. Mi más decidida voluntad, mi propósito más firme es el de ir ahora a través del mundo, tenso, recogido en mí mismo, decidido a conquistarme con la violencia. No recorreré como aficionado la tierra de todas las virtudes, sino que a toda hora le pediré la fuerza, la rectitud, la pureza de corazón, la nobleza y el candor. Y porque sé las grandes obras que por el Africa se hacen, puedo exigirlo todo de ella y por ella exigirlo todo de mí”. (Voix p. 4).

Piensa en los pobres franceses a quienes dejó ocupados en vanas disputas, espantados ante la Verdad, en el fondo... y tratando quizás de engañarse:

“Hemos aquí aliviados del peso opresor de la falsa ciencia, de la falsa razón. Vistos desde lejos nuestros sabios, nuestros filósofos, los que manejan la sociedad y dirigen la juventud, se nos presentan como pobres sombras vacías de todo contenido. Todos esos hombres son falsos.

“En cuanto a nosotros, queremos la plenitud de la verdad, un pensamiento, no de ficción sino de realidad. Queremos la Verdad, es decir volver a encontrar el misterio del mundo, que el orgullo vano

pretende esconder. Queremos ser más ricos de lo que ellos en su orgullo han pretendido ser.

“Tienen ellos miedo al Absoluto. Pero en Africa no se encuentran almas tibias. Aceptamos la verdad, cualquiera sea, aunque venga de Dios, es esto lo que afirman quienes en el Africa se han hecho hombres”.

Que no se nos diga que no hay en todo esto una expresa condenación de la educación recibida! Siempre delicado en sus afectos y siempre fiel a ellos, jamás renegará de los que encierra para con su familia incrédula y para con Renán, su abuelo.

Pero suya es la sentencia tan a menudo repetida, que resume la ponderosa obligación de aquellos jóvenes de antes de la guerra del 14, que volvían a Dios: “Tomar contra su padre el partido de sus padres”.

Y H. Bordaux escribía: “Una, dos generaciones pueden olvidar la Ley, ser culpables de todos los abandonos y de todas las ingratitudes. Pero es preciso que, en la hora señalada, la cadena se empate de nuevo y la lamparilla vacilante brille de nuevo en la casa”. (Lettres p. 264).

Oíd ahora la paráfrasis que de la célebre expresión hizo su amigo Péguy: “Tomar el partido de sus padres contra su padre, todo está en esto, todo queda dicho y es ése el programa y la dura finalidad de nuestra generación.

“Pero es esto también lo que nos justifica y lo que nos autentica y lo que nos hace regresar a la naturaleza, al orden y a la ley. Por ello somos nosotros la tradición, somos la continuidad, somos los padres en verdad, puesto que somos la raa y somos nosotros los abuelos y los antepasados. Somos la más alta autoridad. Somos el más antiguo de los derechos. Descollamos sobre ellos. Esa frase todo lo esclarece. Nosotros somos los padres y ellos, los hijos, y pésimos hijos”.

El pensamiento de la fidelidad, de la continuidad, de la continuidad francesa sobre todo, porque en Mauritania, es él un francés que encarna la tradición secular; ese pensamiento anima y empapa la conversión de Psychari.

Bien vale detenerse en esto y mirarlo de más cerca.

Nos enfrentamos al problema misterioso de la fe.

Creer? Porqué?

Existe un encadenamiento matemático de pruebas que me conducen ineluctablemente a la fe, que fuerzan mi asentimiento? No. El asentimiento es de otro orden, es sobrenatural; es de Dios, es un dón. Y la conversión de Psychari es testimonio patente de esta verdad: sólo la gracia es eficaz para inclinar finalmente el espíritu a prestar su adhesión al Credo.

Bien lo sabe él, cuando exclama tras haber descrito la búsqueda de su alma: “Yo, sér finito no puedo alcanzar el infinito con mis propias fuerzas y bien lo sé cuando me veo sumido en la impotencia ante mi corazón que va adelante, que franquea espacios infinitos.

“Resúltame absolutamente imposible, en mi debilidad, alcanzar lo sobrenatural. Absolutamente imposible, por encima de los signos que Dios mismo me ha enviado para conocerle. Porque si pudiera conocer

a Dios haciendo aparte tales signos, ocurriría sólo que yo mismo sería Dios.

“Si lo conociera por vías distintas a las reveladas, sólo significaría que El sería humano y no Dios.

“Pero al contrario, con esos signos revelados, podemos alcanzar el orden sobrenatural. Es preciso que el infinito descienda hasta nosotros, se haga finito por nosotros y no toca a los míseros mortales limitarlo sino que corresponde a El venir hasta nosotros para que nos veamos exaltados hasta El”.

Signos —Qué signos?— Los que los teólogos llaman “signos de credibilidad”, es decir, no pruebas que mueven a creer sino razones que invitan a consentir: sí, esto es creíble. Tras este paso mi libertad permanece incólume. Con qué luz, están iluminadas estas razones para mí? Me mueven? Porqué? Hasta qué punto? Aquí se patentiza el misterio individual del espíritu en lucha con lo divino.

Los libros apologeticos vense colmados de tales argumentos. Los hay lógicos, los hay que nacen del sentimiento, otros de la experiencia, otros de la historia y de la vida social. Los hay que se esconden en los libros y asechan al lector con su golpe irrecusable. Hay convertidos de la caridad, convertidos del orden, convertidos de la santidad. Es cuestión de iluminación y toda luz viene de Dios.

Cada argumento tiene en sí valor más o menos grande, teóricamente. Pero su eficacia, su fuerza precursora, para quien busca, es asunto personal.

La apologetica, podría igualmente decirse, ha convencido a todos los convertidos porque no otra cosa es sino la suma de argumentos diversos que han movido a tal espíritu, éste, ése, a tal otro, y aquél, al de más allá...

Por ello no es vana su labor, porque hay familias espirituales y lo que ha logrado abrir estos ojos, puede también abrir aquéllos. Débense por lo mismo respetar los caminos del Señor en las almas, porque hasta ellos llega de distintas maneras, de la misma manera que el Creador supo hacerlos diversos.

No debemos por esto tampoco reputar como imbéciles o de mala fe a quienes no se rinden ante nuestros obligantes argumentos, sino por el contrario, rogar para que reciban su luz, la luz que ha sido preparada para ellos, porque, para nosotros, creyentes, las razones de fe acuden en nutrida y esplendorosa multitud a atestiguar la sabiduría de nuestras creencias, pero para aquél que busca, quizás haya sólo una que señale el sendero y depende sólo de la luz divina el que emerge de las sombras que la ocultan.

No llegó Psichari a la fe por el camino de los argumentos especulativos.

No que despreciara la inteligencia: “De cualquier clase que sea lo que hagamos, pondremos por encima de todo, a la inteligencia”.

“Cuando digo que prefiero a Zoug (tierra donde entonces se hallaba) a las lecciones de los intelectuales, no es que preconice el regreso a la naturaleza, a la candidez primitiva, sino por el contrario busco un retorno a la inteligencia que, en cierto sentido, es la mayor de las formas de sencillez”. (Voix - 278).

Pero desde los días de su juventud estaba demasiado envenenado por el intelectualismo decadente...

Sintió asco y fue al desierto para librarse de él. Las discusiones ya no le interesan.

Escuchemos cómo habla Maritain de Renán y de su nieto:

"Siempre se mantuvo el abuelo indeciso entre las sombras de la ciencia humana y las discusiones de filósofos y de sabios... Nos dicen la filología y la gramática que Moisés escribió el Pentatéuco, que el libro de Judit es un documento histórico, que el de Daniel fue escrito en tiempos de la cautividad? En qué se convierte la Biblia si la sometemos a los procedimientos de nuestra ciencia positiva? He aquí como Renán planteaba la cuestión como si fuera cosa de nuestras máquinas científicas iluminar los cielos... Nunca comprenderá M. Loisy que Ernesto Psichari se hubiera convertido sin haber antes escrutado línea por línea y refutado metódicamente la exégesis de su abuelo. A decir verdad, tal exégesis lo dejaba en gran modo indiferente. Desde 1.908, en una conversación en que hablábamos de mi propia trayectoria espiritual y en la que me confesó su total carencia de preocupaciones religiosas, me decía que en todo caso no serían las controversias de la crítica histórica y de la exégesis las que pudieran detenerlo, si para él se planteara el problema; que quien cree trata de refutar con erudición a los adversarios de su fe y procura establecer ante la pura razón la solución exacta de todos los problemas de crítica y de historia, todo ello con justa razón; pero para el que busca, el asunto es muy distinto, se trata de aceptar o rehusar una certeza absoluta... Se trata de saber si una virtud divina pasa o no a la historia humana". (R. J. 1.921 IV - 676-77 - P. a Goichon).

Y en "Les Voix" Psichari insiste:

"Cuando pienso en el problema de la fe, ninguna de las dificultades levantadas por la exégesis moderna logra conmoverme. Las pretendidas "contradicciones de los sinópticos" no sirven a quienes están desde el principio y antes de todo examen, decididos a negar lo sobrenatural. Por ignorante que sea, comprendo que tan miserables discusiones no lograrán arrastrar una convicción, sea cualquiera. En realidad toda cuestión está en esto: se trata de saber si tenemos o no el gusto por el cielo; si deseamos vivir entre ángeles o entre bestias; si tenemos la voluntad de elevarnos, de espiritualizarnos sin cesar. Aquí reside toda la cuestión. A todo argumento se puede oponer otro argumento y queda entonces patente la vanidad de la argumentación. Si no existe pues el deseo de ensanchar el corazón, el gusto de Dios, no habrá prueba que pueda ser de alguna utilidad, ningún argumento será eficaz.

"Pero si preferimos sostenernos en esta angustia del cristiano que no es otra cosa que el deseo de perfección, si no tememos a lo Absoluto, sino que por el contrario nos sentimos con el corazón lo suficientemente amplio para contenerlo, si poseemos la necesaria delicadeza para desear algo más que la sencilla moral natural, por benéfica que en veces resulte ella, entonces no está lejano el día de exclamar como San Pablo fulminado: "Señor, qué quieres que haga". (Voix 90-91).

Y en forma diferente repite: "Hemos conquistado nuestros gra-

dos de beatitud y justo es que nos dejen en paz, sin pruebas ni silogismos, sin inducciones ni deducciones. Ahora no se trata de llenar nuestro tiempo probando a Dios, se trata de colmar nuestras horas tratando de encontrarlo". (Id. 164-65).

Entonces? Entonces se presenta esa hambre y sed de heroísmo y de grandeza de que se siente poseído. Este espíritu anárquico siente la imperiosa necesidad de orden y este nieto de Renán experimenta el ansia de la fidelidad.

En 1.903 se ha alistado para desembarazarse de la muerte, se ha convertido en subordinado para poder poseerse y ser libre, se ha vinculado al ejército, principio de orden exterior, para poder hallar el verdadero orden interior...

Peró esto no fue, no podía ser sino un paso, un grado:

Tenía que ir hasta el heroísmo de corazón, hasta el orden integral; tenía que volver a encontrar y reanudar la fidelidad total, subir hasta la santidad. Y la santidad estaba allá y no en otra parte. La quiere uno o la detesta, pero si uno la quiere, tiene que ir hasta el fin.

"Siento que hay más allá de las últimas luces del horizonte una enorme teoría de almas apostólicas, de vírgenes y mártires, un ejército incontable de confesores y de santos. Y todos ejercen violencia sobre mi y me impulsan por fuerza hacia más altas regiones morales que ésta en que vivo actualmente". (Voix p. 90).

Notemos esta admirable trayectoria: el deseo de elevarse le pone ante los ojos la grandeza cristiana, engendra en él el deseo de Cristo y deja de rodillas al hambriento.

Y también el ansia de fidelidad. Porque entonces:

"Qué significan esos rodeos? Esos lentos atajos? Esos compromisos? Y sin embargo hay que escoger. Si se rechaza la autoridad, hay que abandonar el ejército, cuyo fundamento místico es ella; y si se acepta, preciso es aceptar toda autoridad, así humana como divina. Somos hombres nacidos para ser fieles y vivimos fuera de toda fidelidad. Somos refractarios a la negación y negamos de continuo, no somos hijos de la blasfemia y desde la tarde a la mañana y desde la mañana hasta la tarde arrojamos al cielo las blasfemias"... (Id. 53).

Para él, es éste el argumento que lo doblega. Y esta razón se enriquece y ensancha con las dimensiones de la comunidad nacional en que ha nacido. Porque en el desierto no es Psichari un individuo, es parte integrante de Francia, es la Francia misionera.

Notadlo bien: No va Psichari al catolicismo porque Francia necesita del catolicismo para ser fuerte y porque por el catolicismo irrada ella con provecho. No fue el suyo argumento político como el de Mussolini cuando en discurso del 13 de mayo de 1.929 exclamaba:

"Tiene Italia el singular privilegio, que nos enorgullece con justicia, de ser la única nación europea poseedora de la sede de una religión universal". Y en otra ocasión: "Me inquieta la formación de Iglesias nacionales porque pienso en millones y millones de hombres que no mirarán más hacia Italia, hacia Roma... El desarrollo del catolicismo en el mundo, ese bloque de 400 millones de hombres que desde todos los confines del mundo miran hacia Roma constituye para nosotros, italianos, objeto de interés y de orgullo".

No! Ese pragmatismo nacionalista es totalmente extraño al pensamiento de Psichari.

Lo que a él como francés lo mueve es el pensamiento de que Francia es una nación bautizada, consagrada; saber que ella tiene una finalidad, una vocación, y que esa vocación es cristiana, y que sin el cristianismo, Francia carece de sentido.

"Que Francia perezca, que estos veinte siglos de cristianismo sean borrados para siempre de la historia, si esta cristiandad es mentira!

"Pero no, el cristianismo no es vana mentira, en él hay sentid. Y en nuestra Francia cristiana, aunque indigna, la encontramos también.

"En esta tierra (del Islam) como en ninguna otra quiero darme todo, sin restricción a Francia, la de Juana de Arco, la de Pascal y de Bossuet, a ésa que es ante todo la Francia militar y cristiana.

"Qué admirable ese vínculo eterno al que me siento atado con fuerte obstinación! Podemos decirlo sin paradojas: Ningún francés lo es plenamente si ante todo no se siente católico (sin que esta idea merme en nada la grandeza de la "catolicidad", de la universalidad). El carácter de francés requiere la fe de San Luis y de Juana de Arco si es que no poseemos su santidad". (Voix p. 103).

"Por alejados que estemos de la fe, hay un sello divino en nuestros actos. Bien lo siento yo, que sólo he vivido en los pórticos del templo. Qué significa una vocación individual ante la elección de todo un pueblo? Aunque no transite yo por los senderos de la Gracia, comprendo sin embargo que soy continuador de una inmensa hazaña cristiana ya empezada y que participo de una grande acción cristiana en desarrollo actualmente. Me siento embarcado ya por un sendero del que me es imposible apartarme. Ni yo mismo lo he elegido, soy apenas partícipe de la excelsa elección del pueblo francés... Supongamos por tanto como resuelto el problema".

De esos llamados de la tierra nativa y lejana, de esas voces que desde el fondo de las edades gritan, claman para él en el desierto se sirve la voz de Dios para despertarlo de su sueño. "No tenemos ni el derecho de ser indolentes. Somos de una raza elegida entre todas... (Hemos recibido cinco talentos e imperdonable nos sería el dejarlos infructuosos)" Voix. p. 306. "Cómo realizaremos nuestros sueños, cómo lograremos ser nosotros "aquéllos por quienes Francia tornará al orden y a la fidelidad" si ni siquiera nosotros nos colocamos dentro del orden y la fidelidad?" (Id. p. 129)...

Y Cuando escribe a monseñor Jаланert, obispo de Dakar, para ayudarle a construir la catedral, proclama la locura de "quienes pretenden divorciar al pueblo francés de la religión, que le ha dado cuanto es y de donde procede su grandeza". (Lettres. p. 193).

Si es esto racismo, está bien.

Pero no es el racismo de la carne y de la sangre, no es el racismo material y carnal; es el racismo de la santidad, el racismo de la cristiandad, el racismo de los hijos de Dios: "Somos de su raza, en él vivimos, nos movemos y somos!"

En ello está nuestra grandeza, nuestro valor, imposible rene-

gar de él sin renegar de nosotros mismos y de nuestra patria francesa. Que edifiquen otros sus filosofías nacionales; no nos corresponde juzgarlas; no somos los guardianes de su grandeza; si tienen razón tanto mejor para ellos en el tiempo; si están equivocados apiadémonos de ellos en el tiempo y en la eternidad!

En cuanto a nosotros, pensemos con Psichari que somos los custodios y defensores de nuestra propia grandeza. Y bien sabemos que atentar contra la fe, es atentar contra la patria, y que exaltar el cristianismo francés es exaltar al mismo tiempo la religión y la patria.

Bien sabemos que los más cerrados enemigos de nuestro patrio resurgimiento son aquellos que agazapados —bien sabemos en qué diarios se encarnizan entre nosotros contra Cristo—.

Sabemos que nosotros también debemos tornar a la fidelidad si anhelamos la propia grandeza.

Hacia el término del Viaje, el Centurión del desierto está listo. Ha tendido ya la mano. Se ha purificado. Ya le ha abierto por el deseo puesto a Dios. Ya puede Dios venir hasta él.

En diciembre de 1.912 regresa a Francia. Vienen luego Maritain, Péguy, el Padre Clérissac, el último paso. Y al fin, el ascenso extraordinario hacia la perfección. Y por último la consumación del sacrificio.

La ascensión al sacrificio.

1.913—Un año antes de la Guerra Mundial.

Ante la decadencia de las instituciones, la descomposición de la vida política, la malversación intelectual de la antigua Sorbona, del cientismo infatuado, de los pontífices de la solemne tontería laica, comienza a erguirse una falange de jóvenes.

Vienen unos del socialismo, de la Acción Francesa otros, del círculo "Sillon" los de más allá. Alfredo de Tarde y Henri Massis, bajo el seudónimo de Agathon, llevan hasta los círculos de la juventud intelectual una encuesta que es el llamamiento para un renacimiento católico y patriótico.

Buen número de ellos se ha agrupado bajo la dirección de Roberto Valery Radot en los "Cahiers de L' Amitié de France"; los encontramos también en la antigua "Revue de Jeunes" que ahora se denomina "Revue de la Jeunesse". En la serie segunda de sus admirables estudios sobre "Les Ames d' aujourd' hui" Mgr. Francis Vincent les dedica amplio espacio y dice con justicia: "Era la espuma y nata de la literatura del mañana. Dónde encontrará el libre examen, entre sus huestes moceriles, un batallón de selección igual a éste? Si dominó la generación de ayer, nunca tendrá la de mañana". (p. 309). Sobre ellos publicará también el P. Barge sus admirables "Témoins du nouveau catholique".

De ellos era Psichari. Llega allí por su propio camino, el que Dios le ha señalado. A su regreso del desierto, este "revenant nouveau-venu" como lo saluda Barres, encuentra a sus hermanos de predestinación y de un golpe los iguala en la rapidéz de la ascensión y aún los deja atrás.

"No todos hemos seguido la misma trayectoria, dice Massis

—que entonces es apenas como él un convertido—. Hastío de la falsa ciencia y del falso entendimiento, necesidad cada vez más sentida de restablecer el orden en nosotros mismos, de todo esto hay en el movimiento que, lo has demostrado, lleva hacia el catolicismo lo mejor de la juventud francesa”.

“Y no siempre tenemos la misma fe”!

Pero tanto peor! “Ya se ha sacado el vino y hay que beberlo!” Arrastra entonces a su amigo hacia la casa de Maritain. Casi diariamente se ve con ese “grand et cher Jacques”, con frecuencia los acompañan esas admirables cristianas, la esposa y la cuñada: hogar fervoroso, de espiritualismo inteligente y fuerte, que traspira ternura, lumbres impacientes de irradiar!

Maritain lo estimula, lo empuja! Hace tres años que ora y hace orar por él; le revela que en la abadía de Oosterhout, un amigo de Péguy, Dom Baillet, implora a Dios desde hace tres años por Péguy y por él. Pero Psichari no se decide aún. Discute, la naturaleza intenta recobrase. Se declara “católico sin la gracia”. Y dice a Maritain: “Oro mucho, oro en todo momento. Pero, es curioso, no puedo rezar por mi, mi salvación no me interesa. Oro sólo por el ejército”... “Y cuán grave y misteriosa, dice Maritain, aparece esa oración por el ejército, en tal época y de un corazón signado por el sacrificio!”

Maritain lo incita a invocar a María: “Oh, le responde con sana sonrisa, mucho tiempo hace que recito diariamente sus letanías!” (Antimoderne p. 263).

Y con todo se agita y se debate! Lee febrilmente. A tal punto que más tarde dirá a Dios: “Perdóname el inmenso orgullo de haber querido estudiarte antes de amarte”. La vida de París lo pone nervioso. “Dónde está el silencio del desierto? Cuán infinitamente más cerca estaba allá de mi fin. Estoy ansioso de ver pronto la verdadera luz”. Luego, un instante de desaliento: “Veo tan podrida mi alma! Aceptaré Dios la ignominia que le ofrezco, esta miseria que soy?” (H. P. 145).

Mas todo aquello no dura sino unas semanas. El 31 de enero de 1.913 Maritain, a quien ha solicitado que lo presente a un sacerdote, lo lleva al P. Clérissac. De inmediato la comprensión es total; se siente hondamente impresionado por esa grandeza sacerdotal. “Se percibe en él un hombre ardiente, un espíritu sólido, un gran corazón, enemigo de debilidades, de devocioncillas, de beaterías, pero irradiante de fuego interior”.

El 3 de febrero, da con el P. Clérissac un largo paseo por el parque de Versalles. Los Maritain oran mientras tanto. Al regreso todo está decidido. “Mañana, la confesión, luego la confirmación y lo más pronto posible, la primera comunión; al final, una peregrinación de acción de gracias a Nuestra Señora de Chartres”.

El 4, Psichari lee en casa de Maritain la profesión de fe de Pío IV y de Pío IX, luego se confiesa con el P. Clérissac. De allí se levanta irradiando felicidad. El 8, lo confirma Mgr. Gibierso obispo de Versalles, a quien Psichari dice: —“Me parece, Monseñor, que tengo otra alma!” Al día siguiente recibe a Dios por vez primera; celebra la misa el P. Clérissac, la ayuda Maritain; luego salen para Chartres... El

12, lo deja el sacerdote no sin repetirle lo que tantas veces le ha dicho en esos días: "Tiene que ser un santo; quiero que sea un santo!"

Esta frase permanece siempre en su memoria como un llamado. Ah! nunca se siente satisfecho este recién convertido! Comulga diariamente y cada día una infidelidad le recuerda su debilidad. "He aquí lo que hago de su cuerpo consumido por mi todos los días... Hallarme tan lejos de la santidad que me es exigida y que se nutre de Dios cada mañana! Tengo la sensación de ser ahora más pecador que antes del advenimiento del Pastor"...

Así piensa un alma verdaderamente convertida. No que sea menos santa que antes de la liberación sino que ahora se ha afinado, se ha vuelto más delicada y percibe mejor las exigencias divinas y la infinita distancia que la separa de la Suma Belleza y de la Suprema Santidad. Ya conoce a Dios y se conoce a sí mismo y de este doble conocimiento salta el deseo más fuerte y más intenso.

Os aconsejo que leais las últimas cartas que forman el compendio "Lettres du Centurion". Son maravillosas por el espíritu de fe y de humilde anhelo de perfección.

Lo atormenta el problema de su vocación. Qué va a ser de él? Qué le pide Dios? Listo está a hacer cuanto le sea indicado.

Al separarse del P. Clérissac le dijo: —"Me siento capaz de dar a Dios cuanto me exija".— Al principio cree que la vocación militar es la suya. Pero no habrá quizás otra superior? En adelante se siente acosado por el pensamiento del sacerdocio y del claustro. Acaso lo llama Cristo hasta allá? "Durante todo el día, escribe el 1º de abril en su diario íntimo, he pasado en carreras locas... Voy por doquiera con el solo pensamiento del claustro".

Carreras locas?... Absolutamente. Lo que se hace por Dios tiene siempre sentido. Lo que importa es que la vida esté orientada hacia Dios, ofrendada a El...

El 10 de abril escribe: "Qué arrobo en nuestra vida! Vida eucarística! Unica vida. Dios mío, dadme fuerzas! Si es natural que un cristiano sea dichoso, hay en su dicha algo de tristeza. Qué sería de un cristiano satisfecho? Todo eso estaría muy bien en un burgués, pero no en un pobre mendigo de Jesucristo.

"Atravesar el mundo rezando el rosario. Da la impresión de pasearse por la vida como si fuera un sueño. Qué bello vivir de una sola idea!"...

Vivir de una sola idea!... En esto, como en su conversión, se necesita la luz de lo alto. La vocación es como una luz que Dios proyecta sobre un punto determinado y que deja en sombras lo demás, una luz **para cada cual**.

Al día siguiente escribe al P. Clérissac con quien había hablado de su vocación religiosa: "Inútil decirle, querido Padre, que he pensado sólo en el grave asunto sobre el que usted tuvo a bien darme palabras de esperanza. Con todo el corazón, se lo manifiesto delante de Dios, me siento llamado por nuestro bienaventurado Padre (Santo Domingo), a cuyo servicio ardo por consagrarme, en la plena medida de mi debilidad. Pero buena cuenta me doy de todo lo que me queda

del hombre viejo, del que tengo que despojarme... Estoy por tanto decidido a esperar hasta tanto que usted se sirva indicarme”.

Necesita estudiar más a fondo su vocación. Va entonces a recogerse algunos días en Angers y a orar bajo la dirección del mismo Padre. Este convento de ocasión (vivíase entonces bajo la persecución y los Padres se reunían solamente para algunos ejercicios en casa de uno de ellos, en la calle Vollier), este convento improvisado le encantó; con arrobó escucha el Benedicite y el Deo Gratias...

“Qué inmensa alegría! Le he ayudado la misa al Padre y es la primera vez que disfruto de tal felicidad... Después de almuerzo, paseo por Angers, la piadosa ciudad, tranquila y benéfica. Por la tarde, después de comida, la dura confesión... La absolución. Qué alegría al regresar a mi hotel. Manifesté al Padre mi deseo de rezar el Breviario dominicano... Sueño ansiosamente con la gran felicidad, que quizás me esté reservada, para ingresar un día a la Orden Tercera dominicana. Pero cuántos progresos me quedan por hacer todavía!”... (Diario 19, abril).

En junio sale de París, donde acaba de pasar meses agobiadores en medio de literatos, y se dirige a Cherburgo en donde tiene algunos familiares. Con excepción de cortos viajes, pasará allá el último año de vida, hasta el momento en que la guerra se lo lleve.

Cherburgo; vive allí vida de caridad, de humildad y de oración. Su natural generosidad, aumentada por la gracia, tiene allá rienda suelta. Lo vemos en las Conferencias de San Vicente con una familia a su cargo, a la que visita asiduamente. Quiere hacer el bien, pero en realidad, escribe: “Es ella quien me lo hace a mí; ante ella me siento humilde y miserable”.

Todos los días reza el Breviario dominicano, de Laudes a Completas; vive una vida dura, pobre, de meditación. En sus ratos de trabajo intelectual ordena las notas de viaje que más tarde aparecerán con el título de “Les voix qui crient dans le désert”; redacta también basado en los apuntes que guarda, con intención de publicarlo, el precioso libro “Le voyage du Centurion”.

Cada página del “Centurion” comienza con la pequeña cruz diminicana. Pretende hacer de él un libro verdaderamente dominicano, es decir según él, una obra de fe y de verdad, una obra de apostolado en el que trate “del eterno y gran tema del regreso a Jesucristo”. Al componerlo así, en ánimo de alabanza, según la agustiana manera de las Confesiones, es cuando experimenta aquel admirable sentimiento que comunica después a Paul Bourget: “Qué temblor, pensar que escribimos en presencia de la Santísima Trinidad!”

No puede ahora comulgar diariamente; las ocupaciones se lo impiden. “Seis días de hambre, exclama. Me encuentro como un pobre hombre que de los siete días de la semana tuviera que ayunar seis”...

Y además el enemigo no lo ha soltado del todo. Qué terrible mes aquel de julio, sintiendo que el demonio ronda a su alrededor con ánimos de no dejar escapar tal presa: “Los deseos me cercan, el círculo se estrecha, siento que tropiezo en todas las redes, lucho como un nadador que estuviera ahogándose”...

Ah! Qué compleja y discontinua es una conversión! Ya lo hemos observado en otros. No es una bella curva que se eleva sin detenerse. Es un lento movimiento de ascensión, con retrocesos, patinajes, algunas caídas, pero siempre el deseo constante y la oración que lo impulsa de nuevo:

"Pido a Jesucristo morir más bien que permanecer en el pecado".

Ultimos días de julio. La tempestad se ha disipado.

Ahora pueda dar un nuevo salto hacia adelante. En qué dirección? Algún buen cura le ha aconsejado el sacerdocio. El mismo parece sentir la invitación a la vida dominicana: "Más de una vez he sentido el llamamiento preciso de Santo Domingo". Pero vacila todavía. Está el ejército, está la madre anciana que en esos momentos lucha con una prueba dolorosa y que ha aceptado su conversión con dolor pero con nobleza; está el primer amor de su corazón; el fuego aún no se ha extinguido y ahora podría... porque la que tanto ha amado, abandonada ahora por el hombre con quien se unió en matrimonio civil, está en libertad... Pero entre ella y él sólo habrá en adelante una sobrenatural intimidad; ella también se ha convertido y sólo mediará entre ellos la vida divina, unas pocas entrevistas y contadísimas cartas.

Pero por qué no vivir también la vida humana? Pues nó! Esa misma santa amistad se verá también sacrificada, por lo menos en cuanto tiene de sensible, y estará toda orientada hacia el total sacrificio.

Un día de octubre toma el tren hacia Rijckolt, en tierras holandesas, a donde lo envía el P. Clérissac. Qué bello retiro, allá, entre estudiantes jubilosos con quienes pasea por las avenidas del jardín.

Qué recogimiento! Qué dilatación del alma! El silencio de la celda le recuerda el desierto silencioso; horizontes de apostolado se le abren tras el crucifijo que señorea su mesa; el buen P. Augier le comenta las Epístolas de San Pablo y le explica el programa dominicano. Plegarias, penitencia, estudio. "El estudio que ilumina, la penitencia que purifica, la oración que enciende el corazón, todo lleva hacia el apostolado"... Siempre nos lo dijo así el buen Padre. Psichari escucha maravillado. Coge cuanto puede, bebe sus palabras. Sacrificarse, estudiar, predicar, orar, vivir en contacto con la Sagrada Eucaristía para traducirla después en la palabra, qué pureza de ideal para un Psichari! Así podría reparar... Repararía su vida de abandono. Y repararía también el abandono del abuelo... Renán.

Aún lo ama. Cómo palpité de alegría su corazón cuando alguna vez el P. Janvier le dió a entender que no forzosamente estarían separados para la eternidad. Pero también ha adquirido una "honda conciencia de la ofensa que él infirió a Dios y del escándalo que por culpa suya sufrieron las almas... Puesto que no es un secreto para nadie cuantos atractivos sintió por la vida eclesiástica y religiosa", escribirá a Maritain en noviembre de 1.914.

Claramente puedo declararos que ese pensamiento de reparación fue el motivo primero que lo impulsó a consagrarse a Dios.

Al regresar de Rijckholt, donde fue recibido en la Orden Tercera, escribió al P. Augier: "Querido Padre, cuanto se ve entre voso-

tros es tan bello que puedo decir que uno queda herido de por vida". Ojalá logre hacerme digno de los beneficios que recibí el 19 de octubre, gracias a Vos, queridísimo Padre, que habéis sabido acogerme como a hijo pródigo y os habéis apiadado de mi! Qué debo hacer preguntó a Aquél que con sus manos ensangrentadas quiso bajar a buscarme en mi espantosa miseria. Cuando pienso en todo lo que he recibido, y bien lo sabéis Vos, Padre, por lo menos, bien sabéis que todo ha sido sin mérito alguno de mi parte, me digo y repito que Dios no envía tales gracias a quienes no ama". (Lettres p. 299).

Y el 25 de enero de 1.914: "No he dejado de estar con todos Ustedes... Qué estarán haciendo ahora? Qué oficio rezarán mientras que yo estoy preparando aquí una lección sobre el tiro de costado o vigilo el pienso de mi caballo? He aquí las preguntas que a cada instante me hago y bien puede usted adivinar qué latidos del corazón las acompañarán". (Lettres p. 304).

Pero el año terrible ha comenzado. 1.914... En junio, confiesa a Massis, a quien ve por última vez, que su decisión está tomada: Irá al Colegio Angélico de Roma a cursar teología, luego entrará al noviciado, según consejo del P. Clérissac... La decisión del hombre estaba tomada ya, pero la de Dios era diferente. El 2 de agosto sale para el Este. El 20 de agosto se cruza con Péguy sin saberlo. El 21 de agosto lo arrojan con su regimiento colonial, a la batalla de Charleroi. El 22, en un combate furioso, en una tarde de derrota, cae herido en la sien por una bala, al pie de su cañón de 75 que ha disparado él mismo hasta el fin. Pasaba todo esto en la aldea de Rossignol, en Bélgica... Llevaba en el pecho la cruz de oro de su bautismo, el escapulario de Santo Domingo y su medalla militar; en la cintura, la correa de la Orden Tercera; enrollado en la muñeca, el rosario. Todo esto lo acompañó hasta el cielo: el amor a Francia, el amor a Santo Domingo, el amor a María y el amor a su Dios.

"Sine sanguine non fit remissio, había escrito en su diario pocas semanas antes. (Sin sangre vertida no hay remisión). Mas no se necesita el testimonio bíblico. Bien lo sabemos nosotros también, que es misión nuestra sobre la tierra rescatar a Francia con el precio de la sangre".

Rescatar con sangre a Francia...

Murió en la tarde de una derrota, pero dos días antes escribió a su madre, en la última carta: "Vamos con certeza hacia grandes victorias"... Y conoció la gran victoria, la eterna... Partió para preparar las venideras... "Mirad nuestro destino y aquí está nuestro jefe".